

Mario Bahamón Dussán

LA BONITA



Mario Bahamón Dussán

LA BONITA

(Relato)

Editado por

e-libro.net

para su sección Libros gratis

Febrero, 2002

Primera Edición ebook
31 de octubre de 2001
ISBN 958-9186-05-05
© Mario Bahamón Dussán
<http://www.mariobahamon.com/>

*¿Será cierto que la suerte de la fea
la bonita la desea?*

Sucesivos cuatrienios de estériles gobiernos tenían a Colombia convertida en un caos.

Inseguridad, corrupción y desempleo caracterizaban esta situación, calamitosa.

Cualquier día eran masacradas familias completas y el gobierno simplemente prometía tomar las medidas del caso. Los campesinos acosados por La Violencia y los préstamos agrarios perdían las fincas y migraban a los centros urbanos para engrosar los cinturones de miseria.

Era fácil encontrar en los semáforos muchachitos desnutridos y harapientos que pedían monedas a cambio de limpiar el parabrisas, y también mujeres con niños de brazos implorando una limosna. 100 cuadrillas de alzados en armas volaban torres de alta tensión y oleoductos, instalaban retenes, cobraban tributos, asaltaban pueblos, secuestraban y mataban policías y soldados. La inversión foránea comenzaba a buscar horizontes menos turbulentos. El comercio internacional de narcóticos, marihuana y cocaína, corrompía con su avalancha de dólares a todas las clases sociales.

La impunidad había logrado niveles vergonzosos. Era fácil cometer un delito sin afrontar el peso de la ley. El enriquecimiento ilícito era la forma común de mostrar el éxito obtenido en la política.

Al carecer de una industria exportadora, las fuentes de trabajo habían disminuido y el desempleo alcanzaba niveles de zozobra.

20.000 asesinatos al año nos marcaban como el más inseguro de todos los países.

Y de no ser por Botero, Carlos Vives, César Rincón, García Márquez, Llinás, María Isabel Urrutia, Montoya, Mutis, Patarroyo, Shakira y otros talentosos compatriotas un poco menos publicitados, el nombre del país sería con frecuencia cuestionado en resto del mundo.

Como los valores morales habían escaseado y cada nuevo día era peor de incierto, la gente buscaba la forma de subsistir, sin que la línea divisoria entre el bien y el mal demarcara propiamente el camino a seguir.

Flotaba en el ambiente un pesimismo general que iba cayendo sobre los colombianos como nube asfixiante y el que podía emigrar no dudaba en hacerlo y se iba para cualquier lugar del planeta, a la brevedad que el destino se lo permitiera, llevando en el corazón sólo el recuerdo de ese bello país que fuera en otros tiempos. Esmeraldas, café, ríos, música y paisaje.

Epoca horrenda que nos dio la entrada al siglo XXI por la puerta de atrás.

En medio de este desmangurre social había nacido en Cali, la capital del Valle del Cauca, en una familia exageradamente pobre, una niña de singular belleza, que desde el nacimiento fue admirada por todos. Pero su belleza le causaría sinsabores y más de una vez lamentaría haber nacido.

No había ser humano que al verla no quedara fascinado; y así creció, persuadida de que era la misma venus encarnada en mujer.

Como en su humilde hogar las angustias económicas eran cada vez más agobiantes y pasaban los días sin ver un solo peso, se sintió empujada a buscar dinero donde mejor pudiera y con este fin se empleó de ventera en la tienda de un comerciante rudo y analfabeta que facilitaba a la familia vituallas y otras viandas para calmar el hambre, quien la sometería a un continuo acoso hasta que finalmente lograría disfrutar de todos sus encantos.

Acordaron, los dos, vivir sin casarse; ya que ella albergaba la esperanza de organizar su vida con alguien

más joven y aprender un oficio que pudiera generarle mejores ingresos.

Por un corto circuito, de una instalación mal hecha, al comerciante se le incendió la tienda y pereció quemado. Ella recuperó su libertad, pero la familia quedó sin sustento, pues las llamas lo dejaron todo convertido en cenizas.

Inició a trabajar en un casino nocturno donde debía atender y servir trago a los jugadores. No obstante las propinas, no conseguía lo suficiente para cubrir los gastos del hogar. La energía eléctrica ya estaba cortada y tampoco había cómo pagar el agua.

Al hermano que a ella seguía, quien iniciaba a trabajar en un asadero de pollos, le metieron una puñalada, entre el paradero del bus y su vivienda, por robarle los tenis, obsequiados por ella el día de su cumpleaños, y cuando lo llevaron al hospital, de caridad, ya estaba muerto; pues con la sangre se le escapó la vida, sin que nadie hubiera sido capaz de retenerla.

Ella hizo migas con un capitán del ejército para que lo eximiera del servicio militar. Ahora pensaba que tal vez estando en la milicia se hubiera librado de la muerte o le hubieran enseñado a defenderse. Al sentirse culpable se ponía más triste. Esta absurda muerte le impuso seguir aportando sola hasta para el café del desayuno.

Una tarde su padre empujando una carreta atascada en un barrizal sufrió una lesión en la columna que le im-

pediría realizar cualquier fuerza, y ahora sí que menos iba a conseguir trabajo. Su madre lavaba ropa, pero ya tenía hongos en las manos, no le rendía y por consiguiente le pagaban poco.

Como a veces los clientes del casino se disgustaban porque ella no aceptaba licor y embriagados intentaban subirla contra su voluntad a los vehículos dejándole los brazos llenos de moretones, decidió conseguir un trabajo diferente.

Ingresó a trabajar en un exclusivo burdel costoso, llamado “El Jardín de las Muñecas Lindas”, donde sólo aceptaban mujeres embrujadoramente hermosas. Sus padres sospechaban que no estaba en algo decente, puesto que dormía en el día y trabajaba de noche. Mas no se lo recriminaban sabiendo que lo hacía para que al menos no faltara la comida diaria.

Y una noche la sofisticada elegancia del reputado lugar fue hecha pedazos por un hombre enloquecido que allí mismo ajustó cuentas con su esposa; pues se había enterado de que ahí guerreaba cuando él se hallaba ausente de la ciudad. No obstante que ella de rodillas suplicaba no la fuera a matar, ofendido en el alma y energúmeno de un bofetón la arrojó al suelo y antes de que pudiera levantarse, en medio de quienes esa noche se encontraban juergueando, sin compasión alguna le dio un balazo en el corazón y uno más entre las partes íntimas.

Todas las muñecas lindas lloraron hasta acabar sus lágrimas y ella sufrió un ataque de nervios que le impi-

dió volver a trabajar, y acoquinada por la tragedia se refugió en su humilde rancho.

Así en todo el país se hubiera perdido el valor de la vida, ella no aceptaba que la muerte ejerciera tan completo dominio. Ya había sufrido o presenciado tres muertes en el corto espacio de dos años.

Al ver a sus padres y hermanos cada día más acorralados por la pobreza, con el vestido remendado y los zapatos rotos, y ya acostándose con el estómago vacío, se llenó de valor y volvió a la calle en busca de dinero.

Fácilmente consiguió trabajo en un hotel, como recepcionista; mas no podía evitar el continuo asedio de los huéspedes que ponderaban su belleza y le soltaban propuestas indecentes. Y por haber sido hallada, en comprometedor escena, dentro de la alcoba de un viajero, fue botada de inmediato.

Un alocado fotógrafo profesional le ofreció un dinero por posar desnuda. Ella aceptó si la dejaba ponerse un antifaz; pero éste adujo que perdería atractivo y además las tomas iban para la colección particular de un adinerado vejestorio que compraba fotos de mujeres muy bellas.

Le hizo mil tomas, así y asá. De pie, sentada, medio acostada. Con la mano ahí, ahora acá.

Ese día percibió un raro placer al exhibir entera la bonita escultura de su cuerpo al desnudo.

Uno de los clientes del burdel le había dado una tarjetita personal, por si algún día lo necesitaba. Cada vez que él llegaba preguntaba por La Bonita, y desde entonces adquirió este apelativo; y como en realidad era muy linda y los años la iban haciendo aún más hermosa, pues le quedaba bien y así la llamarían en ese mundo.

El de la tarjetita, un importante político, la envió a un centro nocturno, del que era propietario, para que la incluyeran en el show.

Aprendió a realizar stript-tease; lo cual era un magnífico espectáculo. Ingresaba al escenario vestida de novia, con un ramo de azahares en la mano, como si estuviera lista para la boda. Cantaba Novia Mía, de Guerrero Castellanos, mientras esperaba que el supuesto consorte se hiciera presente.

Como no aparecía comenzaba por lanzar las flores al piso, luego el velo nupcial y después se quitaba el vestido, mostrando su piel sedosa y limpia. Dejaba cubiertas las partes virginales por pequeñas estrellas transparentes que también luego quitaba, paralizando la respira-

ción y dejándolos a todos extasiados con los redondos senos coronados por diminutas cerezas enhiestas, el ombligo perdido en un vientre planito, sus caderas anforinas, y las nalgas respingadas, el oscuro bosquecito afelpado, comienzo de unas piernas bien torneadas.

—¡Muñequita!

—¡Bella!

—¡Hermosura!

—¡Perfecta!

—¡Linda!

—¡Preciosa!

—¡Divina! —iban cayendo entre aplausos y suspiros los cumplidos sobre la pasarela a medida que La Bonita exhibía toda desnuda su almendrada piel. Y después de lucirse unos instantes desaparecía envuelta en una niebla artificial para volver traída por vítores y aplausos, incansables.

Pero no se iba a dormir con nadie, pues debía realizar el mismo show en otros clubes nocturnos.

Uno de los admiradores la puso en contacto con una agencia de damas de compañía y entonces realizó algunos viajes con hombres de negocios, ejecutivos y profesionales que sentíanse muy solos cuando añoraban a sus lejanas esposas en las frías habitaciones de los hoteles.

Los debía acompañar a lujuriosas discotecas, exclusivos restaurantes y fiestas galantes, y de paso gozar de la vida y hasta reírse un poco, como la vez que estando alojada en un hotel de Cartagena de Indias, con un arquitecto que participaba en un simposio de urbanismo, anunciaron la llegada de la verdadera esposa y entonces le tocó a La Bonita empacar, muerta de risa, el equipaje y correr a esconderse en la alcoba de otro colega que tuvo a bien hacerse cargo de ella, sacándolos del apuro; y después, entre burlas y sarcasmos, explicar que el hombre

inicialmente presentado como esposo resultara con otra mujer. Todos se los gozaron en los eventos restantes.

Desde luego que algunos no habrían dudado un instante en arreglar con ella para que los acompañara en otro congreso.

En tan peculiar oficio le tocaba lidiar con hombres de variados tipos: jóvenes y maduros, dormilones y sonámbulos, calmados y golosos; pero todos sí bien exigentes, por lo cual debía estar a la moda, llevar ropa interior muy fina, ponerse exquisitas fragancias.

Como casi toda la plata la gastaba en su atuendo y además debía entregar un porcentaje al dueño del negocio, decidió buscar un trabajo que sí le dejara unos pesos para atender las necesidades de su familia.

Volvió a trabajar en un casino. Y allí conoció un joven que arreglaba los muebles.

Siempre que él llegaba se ponía muy contenta y entonces buscaba la forma de preguntarle alguna insignificancia, como disculpa para sentirlo cerca. La Bonita no hizo el menor intento de frenar los impulsos de su corazón.

Era alguien que la había tratado con delicadeza, valorado como mujer, no por su belleza sino por las otras cualidades; que se había apiadado del destino impuesto por las paupérrimas condiciones de su familia. Quien no obstante lo entrada de la hora iba por ella al casino, la esperaba hasta cuando terminaba el turno y la acompañaba a su rancho. Y no le había pedido irse a la cama con él.

Ella no sabía cómo explicar a sus padres que se iba a casar con alguien tan pobre como ellos, y para remate tampoco estudio había tenido y no era más que un simple muchacho humilde, ayudante de carpintería.

Y en este dilema hizo la suerte que ella le enseñara a jugar black-jack y una noche ganó mucho dinero, sufi-

ciente para instalar un negocio propio. Al fin la vida le estaba dando un chance y podría escapar del perverso mundo en que se hallaba inmersa.

Como ella mantenía sus dudas, se hizo examinar la sangre.

Para infortunio suyo apareció con SIDA.

Ya podrán imaginar el desconcierto, la rabia y la tristeza que esta desgracia le causó. La Bonita no sabía qué hacer y desesperada hasta quiso matarse.

En medio de la descomunal angustia revolcaba en su mente buscando en qué momento pudo contagiarse de tan mortal azote, si ella siempre tomaba precauciones; y hasta una noche le apagaron un cigarrillo en una pierna y otra vez estuvo a punto de morir estrangulada por negarse a hacer el amor sin preservativo.

Ni siquiera aceptó dejarse poseer sin protección por un apuesto vendedor de autos que deseaba un hijo con ella; y aunque a veces La Bonita también lo deseaba, se había negado por temor de ser contagiada, como le sucedió a una compañera de trabajo que vencida por esa enfermedad la piel de todo el cuerpo se le cubrió de ulceraciones supurantes. Murió aislada, hasta por las enfermeras repudiada y el cadáver fue enterrado en ataúd metálico y sus ropas incineradas. El solo recuerdo la dejaba pálida y temblaba hasta acabar llorando.

Al no encontrar a nadie que en su vida hubiera tenido el privilegio de amarla al natural se llenó de esperanza y volvió a practicarse el examen.

Había sido un error del laboratorio: estaba sana. Lloró de rabia y de alegría. Pensó en demandar; como no había hecho ningún comentario decidió olvidarlo; pero le entró desconfianza y quiso estar segura de la salud de su futuro esposo.

Esta alegría le duró hasta cuando entregaron el resultado: él sí estaba de veras contagiado. Posiblemente había sido en una transfusión de sangre cuando estuvo recluido en un hospital por un paludismo que casi se lo lleva. Lo cual parece sí podía ser cierto.

Tantas, tantas, tantas lágrimas derramó La Bonita que hasta un vaso hubieran podido llenar. Renegó incontables veces de su mala suerte. Sintió mucho pesar por él y por ella. Le obsequió la parte del dinero que a ella le tocaba, se hizo la promesa de ayudarlo en cuanto pudiera; pero ahí terminó el idilio. Y Juró nunca más volverse a enamorar. Lo cual, qué iba a ser cierto.

Envuelta aún por la tragedia que hacía pedazos todos sus sentimientos, fue contactada por un narcotraficante que le propuso viajar a los Estados Unidos llevando cocaína. El mafioso no ahorró palabras dibujándole el porvenir que tendría de coronar un sólo viajecito, con lo cual ayudaba a su familia, olvidaba la pena y podría abrirse un camino en el país de las oportunidades.

El mismo le consiguió el pasaporte y la Visa y la preparó para que diera a las autoridades portuarias respuestas propias de una empresaria en cosméticos y perfumería.

Sufrió un calvario durante todo el tiempo que duró el viaje. Varias veces le tocó ir al baño; hizo lo posible por dormir un poco, sin lograrlo.

Al llegar a Miami su nerviosismo aumentó y temblaba caminando hacia Inmigración. Aunque la droga estaba oculta en el doble fondo de la maleta y un frasco de perfume, entre las muestras, había sido dejado con la tapa suelta para que al derramarse lo impregnara todo, ella sabía que al ser descubierta no le iría nada bien.

Casi muere del susto cuando escuchó su nombre por el altavoz. La llamaban para que reclamara el pasaporte, caído al piso del avión sin que ella se diera cuenta.

Suponía que todos la miraban con sospecha, que había cámaras ocultas y policías disfrazados de turistas.

El oficial de la aduana consideró innecesario revisar su equipaje y la dejó pasar como si nada.

En los Estados Unidos consiguió trabajo en un cabaret, haciendo stript-tease; de esos en que las muchachas se ponen una liga entre el muslo y el pubis para que a medida que se van desvistiendo les coloquen billetes de a dólar. Sin que nadie se atreva a tocarlas, pues para evitarlo cuidan dos gorilas enormes que de inmediato lanzarán a la calle al que apenas lo intente.

La primera vez que presentó su show le infundió tanto ánimo, con la esperanza de no tener que hacer más viajes llevando cocaína, sino vivir de eso, que el éxito fue instantáneo; le pusieron tantos billetes que la liga al no poder contenerlos se reventó y entonces los arrojaban al piso.

Aunque allí se mostraban mujeres hermosas de todo el ancho mundo, ella era la más admirada. Se desvestía con verdadero arte. De cada prenda, al quitarse, lo hacía con total seducción y picardía.

En el transcurso de la noche repetían el show hasta que únicamente quedaba la que más espectadores reuniera en torno al escenario, y al final La Bonita los congregaba a todos y ganaba más dólares.

Tanta era su fama que la anunciaban como la oportunidad de contemplar desnuda, totalmente desnuda, a la mujer más bella del universo. La comparaban con Liz Taylor. Sin los ojos violetas, pero aún más hermosos. Carmelitas claros, grandes y expresivos, con chispitas de

oropel. Y sus largas pestañas curvas y separadas aumentaban su encanto.

Su cara, su cabello, sus hombros y los brazos, los senos y su vientre, las manos, las caderas, la espalda y las nalgas, las piernas, los muslos y los pies; todo el cuerpo mostraba una armonía perfecta, sin que hubiera intervenido el mágico bisturí de un cirujano plástico.

Subía luego a una pequeña plataforma giratoria para que pudieran, todos, darse el gusto de observarla más detenidamente. Hacían silencio y después comenzaban a soltar comentarios y expresiones de asombro como si fuera la primera vez que sus ojos podían apreciar la belleza del cuerpo desnudo de una mujer perfecta. Hasta las compañeras de trabajo, los del bar y la música suspendían sus labores para admirarla envuelta en luces y destellos de múltiples colores.

Este oficio, según calculaba, le daría más dinero que viajar de `mula' con tan peligroso cargamento; ya que las `mulas' corrían el riesgo de ser descubiertas o las utilizaran como distractor para pasar un despacho bien grande mientras los policías del aeropuerto harían el papelón de haberlas pillado.

Hubo un viernes por la noche en que hizo novecientos veintisiete dólares; pues un espectador que nunca había visto reflejada en sus pupilas desnuda una mujer tan bella, fascinado le obsequió cien dólares.

Las otras desnudistas no entendían por qué no tenía un hombre que fuera su marido, si además de hermosa era latina. Y hasta lo hubiera conseguido, de proponérselo; mas el recuerdo de la amiga muerta en el burdel le hacía suponer que sería difícil pescar entre los que sólo querían verla desnuda. Y también porque el recuerdo de su último amorío le impedía pensar en nada edificante.

Todo andaba bien hasta cuando un orangután que trabajaba de policía, por no haber querido irse a la cama con él, la amenazó con denunciarla por estar trabajando con una simple Visa de turista.

Dudando si volver a Colombia o cambiar de ciudad donde hubiera este tipo de shows recibió la noticia de que su padre había muerto, de un ataque cardíaco. La inmensa tristeza destrozó su alma. Ambos se querían mucho.

El siempre había lamentado de que su pobreza la hubiera lanzado a un mundo que sin piedad se aprovechó de su belleza. Ella ahorraba plata para que a su regreso pudiera hacerlo operar de la columna y comprara también una casita en algún mejor sector de la ciudad; pues el barrio donde quedaba el rancho era un barrizal completo y los peligros rondaban a sus otros hermanos.

Lloró sin parar en todo el viaje y también durante el entierro.

Ante el dinero que llevó, ni su madre ni los hermanos preguntaron como lo había obtenido. Simplemente comentó que estuvo trabajando de recepcionista en una empresa donde no requerían hablar en inglés, por ser todos hispanos. Había regresado con bastante plata. Y punto.

Nuevamente fue contactada por el narcotraficante, quien la hizo sucumbir con una tentadora oferta. Esta vez debía ir acompañada de otra mujer; lo cual le pareció bien, pues tenía un cuerpo hermoso y quizás podría trabajar en el show. Pensaba que iba a ser su confidente y compañía. Mas no habría tal, ya lo veremos.

Pasaron sin problema la requisita en el aeropuerto de Cali, donde todo ya estaba arreglado. En el avión tomaron un licor y comieron galletas para alejar sospechas.

El aeropuerto de Miami estaba plagado de viajeros que hacían fila a este lado de la línea amarilla esperando ser llamados por el agente de inmigración. Había niños sentados en el suelo jugando con transformers, y turistas que abordaron el avión de regreso tal como estaban en la playa de alguna isla caribeña. Otros, más circunspectos, piensan que llegar a USA, demanda respeto y están bien ataviados. Detrás de sus gafas ahumadas se aprecia la seriedad de sus rostros. Y también hacen fila mujeres de cabellos tan rubios como el sol, ojos con azul

de cielo, exuberantes senos, blujines ajustados y blusas diminutas sin brasieres.

No obstante que era noviembre, La Bonita sentía un calor sofocante, como si el aire acondicionado se hubiera descompuesto.

El oficial de inmigración, que no había percibido su belleza, le sonrió cuando al levantar la cara pudo apreciar que realmente era espectacular: la boca mediana, de labios carnosos, los ojos inmensos, preciosos y festivos, de encurvadas pestañas largas y separadas, las cejas delgadas y de línea perfecta, la nariz pequeña, sedoso y negro, el cabello, el rostro ovalado y de piel de manzana. No sólo le sonrió, sino que exclamó en voz baja:

—¡Oh, my God! —y soltó un ligero suspiro de emoción. Ella simplemente respondió:

—Gracias —le obsequió una sonrisa y cogió el pasaporte.

Las dos `mulas' hermosas se han dividido, una en cada línea, a su propia suerte individual, esperando la revisión del equipaje por parte de los funcionarios de la aduana. Generalmente es allí donde son descubiertos los viajeros que intentan ingresar narcóticos.

La Bonita está tranquila; no es la primera vez que realiza este viaje, lo sabemos, salvo que ahora el cargamento no es de cualquier cocaína, sino de altísima pureza, que ha sido hábilmente compactada en las gruesas plataformas de sus blancos zapatos, puestos, y en otros que lleva en el equipaje. Pues esta vez su fachada es de representante de una importante fábrica de lencería. El de la aduana no descubre nada y da el visto bueno para ingresar a los Estados Unidos.

La Bonita hace una llamada para informar que todo ha salido bien, y llena de alegría toma el equipaje y apresura el paso hacia la salida. Pero enreda un pie en las

ruedas de la maleta y se le perfora el tacón; y entonces un polvo blanquecino comienza a formar montoncitos cada vez que ella descarga el pie sobre la alfombra gris del aeropuerto.

Cuando La Bonita se da cuenta, su reacción es quitarse los zapatos y cruzar la puerta, corriendo, tomar el primer taxi y desaparecer cuanto antes; mas un policía disfrazado de recogebasuras también ha observado el funesto hilito delator. Se lleva la mano al bolsillo, saca la billetera y la muestra diciendo:

—Policía, queda arrestada.

Con su otra mano, en el cinto, empuña el revólver.

—¡Estúpido!, ¿qué le pasa?, —reclama La Bonita en el momento en que el policía le cierra las esposas.

La compañera de viaje, inmediatamente captó el desastre, rapidito se escurrió entre quienes salían del aeropuerto; tomó un taxi y huyó para siempre.

En medio de la confusión de hallarse detenida en un país extranjero y encerrada en un pequeño cuarto, ingresó una oficial de policía, que asombrada quedó ante su belleza; lo cual hizo pensar a La Bonita que tal vez era un hombre disfrazado de mujer e intentaría abusar de su derrota.

—Hay dos formas de practicar esta inspección —explicó en correcto español—. Con su ayuda o sin ella —complementó—. Todo depende de usted. Desnúdese totalmente —ordenó mientras empujaba con la mano la cámara del circuito cerrado de televisión para que apuntara al techo y no fuera a grabar lo que allí sucediera.

Al notar que La Bonita la miraba extrañada, enfatizó:
—¡Y pronto!

Como viera que comenzaba a llorar, agregó:

—No llore, mamita. Usted se metió voluntariamente en este problema —y continuó observando sus finas prendas interiores a medida que La Bonita se desnudaba; pero no como si las examinara en busca de otra evidencia, sino deleitándose con ellas. Hasta las llevó a la nariz para oler

el perfume, que obviamente era muy fino; pues La Bonita desde cuando iniciara a rodar por el mundo adquirió la costumbre de aromarse exquisitamente.

—Si colabora, todo saldrá bien —dijo, y le ordenó—: ponga ambos pies sobre esas marcas pintadas en el piso y acurrúquese.

Mientras La Bonita se estaba colocando, le expresó:

—¡Qué senos más bellos tiene usted y qué mujer tan hermosa! —y comenzó a tocárselos.

Como La Bonita se extrañara, le explicó:

—Hasta cirugías se hacen para ocultar la droga.

Era la primera vez que ella sentía las manos de una mujer sobre sus partes femeninas y no pudo evitar la repulsión, que de inmediato le erizó la piel. Especialmente porque la oficial de policía no examinaba los senos como un ginecólogo buscando un tumor, sino que los acariciaba con placer.

La Bonita, que había oído de estas humillantes requisas, pensó: si eso es con los senos, cómo será en las partes íntimas —y pensando estaba cuando sintió un beso en uno de los pezones; ante lo cual exclamó:

—¡Qué le pasa! ¡Está loca! —y se quedó mirándola con ira. La oficial era fornida y con cara de rinoceronte. La falda le dejaba apreciar sus musculosas piernas. Los brazos también eran de marimacho.

—Aquí puede gritar, llorar o colaborar.

—¿Colaborar es dejarme tocar? —preguntó La Bonita—, y todo lo que me quiera hacer —agregó.

—Mamita, eso depende de usted. Yo no quiero maltratarla —respondió y tomó de un empaque los guantes plásticos.

—¿Y para eso tiene que besarme los senos? —reclamó.

—De lo que suceda aquí nadie se dará cuenta, ni lo sabrá, salvo que usted traiga más droga escondida dentro de su cuerpo y para eso debo examinarla.

Y sin más palabras se quitó los zapatos y se puso los guantes. Procedió a tocarle las piernas, las nalgas y al llegar al terciopelo púbico le pasó la mano con deleite. Cuando se alistaba a practicar la íntima inspección, La Bonita, como por instinto, reaccionó y le dio un patadón en el estómago que la hizo ir al suelo a revolcarse del dolor.

—¡La voy a matar! ¡Hija de perra! —gritó.

—¡Nos mataremos! —replicó La Bonita al tiempo que echaba mano a un bolillo que apareció como por encanto.

—¡Quieta! ¡Por favor no haga nada! —le pidió la oficial, toda mansita.

—¡La denunciaré!, ¡atrevida!

—No tendrá pruebas.

—Averiguaré con todas las que han pasado por esta humillación. Conseguiré testigos.

La escena, deplorable, en eso terminó.

Acompañada de su infausta belleza fue transportada en un carro-patrulla y confinada luego en una celda donde la asaltaron tenebrosos pensamientos atormentadores hasta que al fin rendida se durmió después de haber soltado incontenibles lágrimas que ahogaban todas sus ilusiones.

Frío intenso. Una corte solemne. Un enlutado juez de mirada robusta, un mal traductor; el abogado de oficio, los jurados que la observaban como bicho raro. Abandonada a su suerte, sin nadie que la ayudara; pues el mafioso adujo que una estúpida mujer tan descuidada para caminar no merecía otra suerte que pudrirse en la cárcel. Un sofoco que le hacía empapar el vestido de incómodo sudor. Impotencia, tristeza y arrepentimiento inútil. Luego un llanto amargo que salía de las profundidades de su alma; pero que a nadie conmovió.

La Bonita quedó sentenciada a cinco años en la prisión estatal de Mariana; pues ella ingenuamente confesó, esperando rebaja en la pena, que ya había realizado otro viaje. Todo por prestarse a agregar otro kilo de estupefaciente a las 900 toneladas de cocaína que al año ingresan a los Estados Unidos y las autoridades no iban a dejar escapar la oportunidad de dar un escarmiento y también para justificar la solicitud de incrementar el presupuesto.

Ya en la cárcel comentó a una guardiana, con la cual congenió, lo sucedido cuando la detuvieron, y ella se encargó de obtener testimonios de otras `mulas' que igualmente habían sido vejadas; la oficial fue procesada y destituida.

Para colmo de su desgracia, cuando ya casi estaba resignada a su adversidad, apareció en la cárcel, dizque practicando una inspección, el mismo policía que había amenazado con denunciarla si no se acostaba con él y al reconocerla le propuso que para la fiesta anual de los guardianes realizara una exhibición privada; y si se negaba le haría un reporte de malos antecedentes, que hasta ahora no estaban consignados en su expediente. Lo cual podría aumentar la permanencia en la prisión.

Le dio inmensa rabia sentirse chantajeada; pero tan grande era la falta de su familia, que esa noche le dio vueltas y vueltas a la respuesta.

Al día siguiente no dudó en darle una respuesta negativa. Había llegado a la conclusión de que iba a pagar sus pecados todo el tiempo que Dios quisiera mantenerla presa y al salir comenzaría una vida distinta; que has-

ta ahora había observado excelente conducta, y por nada del mundo la echaría por la borda.

Contó a la guardiana lo que sucedía y ésta notificó al oficial que si lo volvía a ver por el penal lo haría sancionar; lo cual siempre hizo, dando a conocer tan ilusas pretensiones.

Sola, todos los días, de interminables noches, metida en sí misma, abrazada a la almohada, pensando en qué momento su vida se torció, le habían permitido establecer la diferencia entre la virtud y el vicio. Reconocía que si bien era cierto que su familia carecía de todo, tal vez no hubiera sido necesario que ella se perdiera, pues haciendo un esfuerzo habría podido tomar un camino distinto.

“Si hubiera estudiado —pensaba— y no me hubiera dejado convencer por los halagos que hacían a mi belleza... Ni por las vanas ilusiones del dinero fácil... Si en el mundo no existiera tanta pobreza... Si las enfermedades tuvieran curación... Si la vida, al menos, me diera una oportunidad...”

Arrepentida de su pasado, haría hasta lo imposible por enderezar la vida. No iba a ser más juguete del destino; su belleza corporal no sería su principal atractivo. Nunca volvería a exhibirse desnuda, ni acostarse con nadie por dinero. Aprovecharía el tiempo en la prisión para estudiar un oficio en que no interviniera su belleza física.

Tan fuerte era su determinación que le sirvió para rechazar una oferta de posar desnuda para la revista Playboy, renunciando, desde luego, a un montón de dinero.

Dos larguísimos años habían pasado, cuando al ojear una revista encontró una sección donde relacionaban parejas y entonces le escribió a un caballero que parecía interesante; pero le pidió el favor a su amiga la guardiana de enviar la carta y recibir la respuesta en su casa, si era que él respondía; como en efecto sucedió.

Comenzó entonces un ir y venir de cartas, que poco a poco iban creando una relación amorosa. Luego de un tiempo, y después de meditarlo mucho, La Bonita se atrevió a contarle que se hallaba purgando una condena y le explicaba, también, el penoso motivo.

Para sorpresa suya, el enamorado no se corrió y antes por el contrario comenzó a enviarle dinero en Money Orders para hacerle más llevadera la permanencia en la cárcel.

Por mucho que intentaba no podía conocerla; pues ella no autorizaba que fuera a visitarla; por lo cual debía contentarse con las cartas y las fotos.

Aunque él suponía que las fotos correspondían a otra persona, que no podía ser tan hermosa, albergaba la es-

peranza de que su belleza sí fuera real y tuviera, además, tan buenos sentimientos como lo percibía en las cartas.

Como las cárceles se llenaron de presos, aprobaron una ley que favorecía a quienes su delito no constituyera mayor peligro para la sociedad americana y hubieran observado buen comportamiento, y si eran extranjeros podrían ser devueltos a su país de origen.

La Bonita hizo valer su excelente conducta y así un bendito día recibió la esperada noticia de que la deportarían.

Con tristeza y alegría contó a su enamorado la buena nueva; le agradeció, una vez más, los dólares que le diera, pues con ellos había pagado los servicios del abogado; le dejó una carta llena de amor y gratitud, pero no le dio la dirección en Cali. Le había parecido un gran tipo y ella no se creía digna de él. Lamentaba no haberlo conocido, al menos para agradecerle personalmente lo que había hecho por ella.

Lloró abrazada a su amiga la guardiana, que había sido su ángel. Se despidió de casi todas en la cárcel, recibió algunas cartas que mandaban con ella, pues no era la única caleña que se hallaba presa, y salió muy contenta para el aeropuerto de regreso a Colombia.

Cuando el avión estaba aterrizando, al ver el valle del río Cauca, los cañaduzales espigados, las Tres Cruces del cerro a lo lejos, también a Cristo Rey, Aguablanca y Siloé, se le vino un torrente de compungidas lágrimas. De ese mismo aeropuerto había partido tres años antes, sin medir las consecuencias de sus actos; con la ilusión de ganarse unos pesos y tener un futuro distinto y mejor, para ella y su pobre familia.

Como pudo superó la congoja, detuvo los sollozos. Se puso la mano sobre el corazón y exclamó:

—¡Vamos, Isabel!, ya pasó lo peor y estás de nuevo en casa.

Sacó el espejo, borró los surcos dejados por las lágrimas, retocó el maquillaje en el hermoso rostro y dándose un impulso con las nalgas se levantó.

La policía de Cali la recibió en la puerta del avión, no para llevarla a la cárcel, pues ya había pagado la deuda con la justicia de los Estados Unidos, que castiga con extrema dureza a las `mulas' olvidando que son ellos los causantes de este comercio ilícito, del que se aprovechan los traficantes, sino porque ese era el convenio con las autoridades norteamericanas.

Su pequeña familia, compadecida de su pésima suerte, fue a recibirla con algo de vergüenza, pero con mucho amor.

Hasta Carlos, el carpintero, fue al aeropuerto. Un curandero había logrado controlar la enfermedad y prometido que tal vez podría sanarlo. Juiciosamente había trabajado el dinero del juego y era un hombre rico.

La recibió con flores. Ella también sintió alegría de volverlo a ver. Le agradeció las flores, mas no le dio esperanzas. Por ahora no quería nada con nadie. Iba a tomarse un tiempo para organizar su vida.

Consumida por la tristeza de lo que había sido su existencia y sumida en la pena ocasionada por la falta de su padre y del hermano menor, y acomplejada ante quienes la conocían, pasaba los días sin salir de casa, desorientada y sin saber qué rumbo tomar. Si regresar a ese mundo que ella conocía: del dinero fácil, el placer, los shows o buscar un trabajo que fuera decente, así no le diera mucha plata; donde encontrara un hombre sano, tierno, bueno y trabajador que la quisiera, comprendiera su pasado, y con el cual pudieran conformar un hogar.

Como durante el tiempo que estuvo en la cárcel había logrado aprender inglés y nociones básicas de Sistemas, intentó presentarse a una multinacional para desempeñarse como recepcionista, o donde ese idioma le pudiera servir; mas se desanimó al suponer que investigando los antecedentes descubrirían su pasado y qué puesto entonces le darían.

Sufría días de infinito desconsuelo en que abatida ni se levantaba y si lo hacía era para tomar los alimentos que su madre con pesar le preparaba. Era como si las ilu-

siones hubieran partido llevando su energía y deseos de vivir.

La situación del país no mejoraba y su familia volvía a sentir la falta de dinero. El dinero que ella les dejara, ganado como striptisera, parecía maldito; sólo alcanzó para la cuota inicial de la casa, y al no haber podido con las mensualidades estaba bajo remate por la corporación que la había financiado. Y del dinero que sobró luego de pagar al abogado ya no quedaba nada y nuevamente las privaciones comenzaban a golpear sus vidas.

Como pocas veces rezaba, no sabía una oración completa. Sólo se acordaba de Dios cuando tenía problemas. Pero ante tanta angustia sintió la necesidad de ir a la iglesia. Se postró de rodillas a los pies de la Virgen, conversó con Ella y consiguió un poco de ánimo.

Tenía que salir a trabajar; pero en qué y en dónde. Pensaba que podría servir de modelo, pues no obstante el tiempo pasado en la prisión, conservaba imbatibles todos sus encantos. Y para ello no indagarían sus antecedentes. Pero... si a las modelos las hacían desvestir más de la cuenta, recordaba.

Acosada por las preocupaciones pensó en el político, quien ahora estaba en el Senado. Temía pedirle ayuda, pues recordaba que no lo haría desinteresadamente, sino que exigiría volverse a acostar con él, y después... quién sabe con qué más le saldría, y ella iba a ser fiel a las promesas que se hiciera en la cárcel, de enderezar su vida. En Carlos, el carpintero. Tal vez él pensaría que lo utilizaba o le crearía falsas esperanzas; además, ella no creía en magos ni curanderos.

Una tarde apareció reptando por la casa un horripilante gusano negro y peludo que inspiraba asco y temor. Al principio quiso destriparlo con los pies, mas recordó que uno de los milagros más bellos de la naturaleza consistía en que el feo gusano se transformaría en mariposa. Lo dejó vivir y se puso a observarlo día tras día, como única entretención.

Y una mañana, generosamente iluminada por el sol, se abrió la crisálida y del capullo fue saliendo una tímida mariposa de élitros azules con vetas rojas y blancas, que después de estrenar sus alas volando por el patio de la casa se acercó a La Bonita. Ella estiró el brazo para que se posara sobre la palma de su mano.

Anonadada la observaba pensando en el inmenso poder y buen gusto de Dios al haber creado una mariposa tan bella, cuando descubrió que en las alas tenía dibujados varios números. Recordó que unos pescadores se hicieron millonarios al comprar la lotería con los números que inexplicablemente aparecieron dibujados en las escamas de un bocachico. Estaban ahí: un 8, un 0, un 8 y

otro número que parecía un 0 o un 6; 8080 o quizás 8086, leía pensativa mientras la mariposa escribía un mensaje con su lengüita alfilerezada.

La luz del día reflejada en sus alas daba visos de variados colores y cambiaba la forma de los números. Ahora el 6 parecía un 9 o un tres...

Trataba de descifrar el mensaje, enigmático, que la mariposa le estaba escribiendo, cuando escuchó que tocaban a la puerta.

“Un vendedor de lotería” —pensó—. “Y yo sin un peso” —agregó—. “Que me la fíe y después arreglamos” —complementó, y caminó hacia la puerta.

Ese día, casualmente, se había ataviado muy bien: una blusa escotada y una falda ceñida resaltaban sus femeninos atributos. También había puesto rubor en sus mejillas y en torno a los ojos, sombras y pestañina. Estaba hermosa.

Casi se desmaya de la sorpresa: Frente a ella estaba un hombre apuesto y ya maduro, quien sin esperar un segundo preguntó:

—¿Tú eres Isabel, verdad?

Y ella, sonriendo de alegría, respondió:

—¿Y tú eres Jack, verdad?

—Yes, I am Jack Puller.

Se dieron un abrazo de nunca acabar, pues la atracción fue irresistible.

Era la primera vez que se veían, lo sabemos; todo había sido mediante fotografías. Utilizando la dirección que La Bonita diera a la guardiana, había venido a buscarla.

Y con ella aún entre sus brazos, le susurró al oído estas palabras, amorosamente:

—Cariño, siempre soñé que eras tan bella como en las fotos, y que yo pudiera conocerte.

La Bonita lo estrechó más contra su corazón y emocionada lloró de felicidad.

Rendido a sus encantos se enamoró más de ella y ella también se enamoró de él.

Para nada le preocupó su humilde condición, sino que después de estar saliendo a divertirse en los muchos lugares buenos que para el caso existen en la agradable y salsera capital del Valle del Cauca, le propuso matrimonio. Era un millonario, dueño de condominios y centros comerciales.

Se casaron sin demora ni invitados, en un juzgado civil .

Ingresaron por México, y luego de cambiar sus apellidos obtuvo la ciudadanía americana.

Un día él quiso demostrarle cuánto la amaba: Fue con ella al aeropuerto a recibir una persona que La Bonita extrañaba mucho. No podía creerlo cuando a lo lejos vio caminando hacia ellos a su añorada madre. El había hecho todas las gestiones para que ellas pudieran vivir juntas. Después consiguió que sus hermanos también ingresaran, legalmente.

Mister Puller ha resultado un modelo de esposo, la quiere mucho, la trata con ternura, nunca le recrimina su pasado, tampoco sabe más de la cuenta; desde luego que ella no se lo contó todo, aplicando la sabia frase de que la ignorancia de las cosas es la mayor causa de felicidad. Ella ha cumplido sus promesas, y, además se porta como una señora, y lo hace sentir muy orgulloso en todos los eventos en que participan.

Por mucho que intentaron no pudieron tener familia. Como desde jovencita había usado anticonceptivos, y otras medidas no muy santas, quedó estéril para siempre. No hubo médico que no la tratara, ni cirujano que no hiciera el intento, inútilmente.

Vive en Texas, con el apellido de su esposo y el nombre en inglés. Ya no llama Isabel, sino Elizabeth. Trabaja en un voluntariado que ayuda a jóvenes drogadictos.

Sentada a mi lado por casualidad, viajando entre Houston y Miami cuando iba a visitar la guardiana, al saber que yo escribía relatos me obsequió su historia en las cuatro horas del vuelo; y tal como la recibí de su preciosa boca, matizada con algunas lágrimas, se la he contado a ustedes.

Al despedirse dibujó en sus labios para mi una sonrisa que iluminó como un sol toda su cara. Y puedo asegurar que, no obstante las huellas de la vida, se conserva invicta, como: La Bonita.

Miami Beach, julio 20 de 2001